

Capítulo 1

*M*e voy a la cama —dijo Nathaniel Gascoigne, emitiendo un enorme bostezo mientras alzaba su copa de brandy y observaba con ligero disgusto que estaba vacía—. Ahora, si mis piernas fueran capaces de sacarme de aquí y llevarme a casa...

—Y si fueras capaz de recordar dónde está tu casa —comentó secamente Eden Wendell, barón de Pelham—. Estás borracho, Nat. Todos estamos borrachos. Tómate otra copa.

Kenneth Woodfall, conde de Haverford, alzó su copa, que aún contenía un dedo de brandy, y miró a los otros dos, que estaban despatarrados de forma poco elegante en dos butacas a cada lado del fuego. Él estaba apoyado contra la repisa de la chimenea, junto a ésta.

—Un brindis —dijo.

—Un brindis —repitió el señor Gascoigne, soltando una blasfemia al alzar de nuevo su copa a la altura de los ojos—. No tengo nada con que brindar, Ken.

Kenneth esperó cortésmente mientras su amigo se levantaba tambaleándose, se dirigía con paso vacilante hacia el aparador y regresaba con una licorera de brandy prácticamente vacía. Escanció un poco de brandy en cada copa, logrando con prodigiosa habilidad no derramar una gota fuera de las mismas.

—Un brindis —dijo de nuevo Kenneth—. Por estar borrachos.

—Por estar borrachos —repitieron los otros dos solemnemente, y bebieron un largo trago por su embriaguez.

—Y por ser libres y felices —dijo lord Pelham, levantando de nuevo su copa—, y estar vivos.

—Y estar vivos —repitió Kenneth.

—A pesar del viejo Bonaparte —añadió Gascoigne—. Que el diablo le confunda —dijo. Brindaron por la libertad que todos habían conseguido después de Waterloo con la venta de sus nombramientos militares en un regimiento de caballería. Brindaron por lo que se habían divertido tras su llegada a Londres. Y brindaron por haber sobrevivido a los años de combate contra Napoleón Bonaparte, primero en España y Portugal y luego en Bélgica. El señor Gascoigne apostilló—. No es lo mismo sin tener al viejo Rex junto a nosotros.

—Que en paz descanse —dijo lord Pelham, y todos guardaron un respetuoso silencio.

Kenneth se habría sentado si la butaca vacía más cercana no hubiera estado a cierta distancia del fuego o si hubiera estado seguro de que sus piernas eran capaces de conducirlo hasta allí. Había pasado más allá del grato estado de embriaguez. Probablemente había llegado a ese punto hacía horas. Habían bebido más de la cuenta durante la cena en White's. Habían bebido en el teatro, durante los entreactos, y posteriormente en el camerino. Habían bebido en el local de Louise antes de subir la escalera con tres de las chicas de ésta que se habían sentado con ellos en el salón. Habían bebido durante la partida de cartas en casa de Sandford, a la que se habían incorporado después de abandonar el local de Louise. Y habían estado bebiendo aquí, en los aposentos de Eden, porque era demasiado temprano para irse a casa y acostarse, como habían convenido todos.

—Rex fue el más sensato —dijo Kenneth, depositando con cuidado su copa medio vacía sobre la repisa. Torció el gesto para sus adentros al intuir la magnitud de la jaqueca que padecería cuando se despertara sobre el mediodía o más tarde. Era algo que él —y sus amigos— llevaban haciendo con progresiva regularidad desde hacía semanas. Todo por la causa de la libertad y la alegría.

—¿Qué? —El señor Gascoigne bostezó sonoramente—. ¿Por largarse a Stratton Park cuando había jurado pasar el invierno con nosotros aquí y disfrutar de la vida?

—En Stratton sólo le espera la respetabilidad, el trabajo y un infinito aburrimiento —dijo lord Pelham aflojándose la corbata, cuyo nudo estaba medio deshecho—. Nos prometimos un invierno de placeres.

En efecto, se lo habían prometido. Y habían pasado el otoño entregándose a todas las diversiones, excesos y libertinajes que se les habían presentado. Confiaban que el invierno fuera aún mejor: fiestas y bailes, unas diversiones respetables para contrarrestar las menos respetables. Damas a las que contemplar con deleite y con las que flirtear, además de pelanduscas con las que acostarse. Evitar a toda costa la trampa del matrimonio.

Kenneth hipó.

—Rex fue el más sensato —repitió—. El placer en estado puro puede llegar a aburrir.

—Necesitas otra copa, Ken —observó el señor Gascoigne con cierta preocupación, tomando la licorera que había dejado junto a su butaca—. Empiezas a decir herejías.

Pero Kenneth meneó la cabeza. Por más que era inútil reflexionar cuando uno estaba borracho, él lo estaba haciendo. Los cuatro habían hablado sin cesar sobre lo que harían cuando las guerras hubieran terminado. Habían hablado de ello en unos momentos en que parecía muy probable que no consiguieran sobrevivir. Eran amigos íntimos desde hacía años. De hecho, un oficial colega suyo les había apodado los Cuatro Jinetes del Apocalipsis por su arrojo y sus temerarias proezas en el campo de batalla. Habían soñado con regresar a Inglaterra, vender sus nombramientos militares, ir a Londres y dedicarse a pasarlo bien. Dedicarse única y exclusivamente a pasarlo bien, entregarse al placer desenfrenado en estado puro.

Rex había sido el primero en comprender que el placer en sí mismo no satisfacía eternamente, ni siquiera durante mucho tiempo, y menos durante todo un otoño e invierno. Rex Adams, vizconde de Rawleigh, había regresado a su propiedad en Kent. Se conformaba con vivir la vida después de la guerra, después de haber sobrevivido.

—Ken empieza a expresarse como Rex —comentó lord Pelham, sujetándose la cabeza con una mano—. ¡Maldita sea, alguien debería

impedir que la habitación diera vueltas! Y alguien debería detener a Ken. Dentro de poco empezará a hablar de regresar a su casa en Cornualles. Un lugar donde Sansón perdió el flequillo. No lo hagas, Ken, amigo mío. Te morirás de aburrimiento a los quince días.

—No le des ideas —dijo el señor Gascoigne—. Te necesitamos, Ken, viejo amigo. Aunque no necesitamos tu condenada apostura con la que consigues alejar de nosotros incluso a las putas. ¿Verdad, Ede? Bien pensado, deberíamos dejar que te fueras. Vete a casa, Ken. ¡Anda, lárgate! Regresa a Cornualles. Te escribiremos hablándote sobre las maravillosas mujeres que vienen a la ciudad por Navidad.

—Y que caen rendidas en nuestros brazos —apostilló lord Pelham, sonriendo y torciendo luego el gesto—. Somos héroes, por si no lo sabías.

Kenneth también sonrió. Sus amigos tampoco eran feos, aunque en estos momentos tenían un aspecto horrible, despatarrados en sus butacas, borrachos como cubas. En España siempre le habían acusado de tener la injusta ventaja de ser rubio y por consiguiente más atractivo que ellos a las mujeres españolas.

No había pensado seriamente en regresar a casa, aunque suponía que más pronto o más tarde tendría que hacerlo. La finca de Dunbarton Hall en Cornualles era suya desde hacía siete años, desde la muerte de su padre, aunque él no había pasado más de ocho años allí. Incluso cuando sus heridas le habían obligado a regresar a Inglaterra, hacía seis años, había evitado ir a casa. Al partir se había jurado que jamás volvería.

—Deberíamos ir todos allí —dijo—. Venid conmigo. Navidad en el campo y todo eso... —añadió y se llevó su copa a los labios y arrugó el ceño al comprobar que tenía la mano vacía.

El señor Gascoigne emitió un gemido.

—¿Jóvenes campesinas y todo eso...? —preguntó lord Pelham, moviendo las cejas.

—Y terratenientes y matronas campesinas —terció el señor Gascoigne—. Y moral pueblerina. No lo hagas, Ken. Retiro lo dicho. Soportaremos tu maldito atractivo físico, ¿no es así, Ede? Competiremos por conquistar a las mujeres con nuestro infinito encanto, y

los ojos azules de Ede. Un hombre puede parecer una gárgola y las mujeres ni siquiera darse cuenta si tiene los ojos azules.

No había motivo para que no regresara, pensó Kenneth. Ocho años era mucho tiempo. Todo habría cambiado. Todo el mundo habría cambiado. Él mismo era una persona distinta. Ya no era el joven apasionado e idealista con sueños románticos. La mera idea le parecía cómica. Dios, ojalá no hubiera bebido tanto. Y ojalá no hubiera vuelto al local de Louise. Empezaba a hartarse de encuentros sexuales de una noche. Y de beber y jugar a las cartas sin cesar. Era curioso, durante años la vida que había llevado en los últimos meses había sido su sueño del paraíso en la Tierra.

—Lo digo en serio —dijo—. Venid a pasar las Navidades en Dunbarton.

Recordaba que la Navidad era la época más alegre en Dunbarton, con la casa atestada de invitados, los días repletos de fiestas..., y el gran baile del día siguiente.

El señor Gascoigne gimió de nuevo.

Su madre estaría encantada, pensó Kenneth. Actualmente pasaba buena parte del tiempo en Norfolk, en casa de Ainsleigh. El vizconde de Ainsleigh estaba casado con Helen, la hermana de Kenneth. A su madre le encantaría venir a Dunbarton. Le había escrito en más de una ocasión preguntándole cuándo pensaba regresar allí, y cuándo pensaba elegir esposa. Ainsleigh, Helen y sus hijos también vendrían, aunque quizás a su hermana no le entusiasmara la idea. Seguramente vendrían legiones de parientes. Él se invitaría a sí mismo. Daría a su madre carta blanca para invitar a quien quisiera.

No, no tenía por qué evitar regresar a Dunbarton. ¿O sí? Kenneth arrugó el ceño y pensó en un motivo. Pero ella tendría ahora ocho años más que dieciocho. Maldita sea, volvió a arrugar el ceño mientras trataba de concentrarse en el cálculo aritmético. ¿Veintiséis? Era difícil imaginárselo. Estaría casada y tendría una caterva de hijos. Eso también era difícil imaginárselo. Alargó la mano para tomar su copa de la repisa —por supuesto, él mismo la había dejado allí—, apuró su contenido e hizo una mueca.

—Lo dice en serio, Nat —dijo lord Pelham—. Está decidido a ir.

—Lo dice en serio, Ede —convino el señor Gascoigne—. Esta noche lo dice en serio..., ¿o es ya por la mañana? Maldita sea, ¿qué hora es? Mañana, ¿o quiero decir hoy?, cambiará de parecer. Con la sobriedad viene la lucidez. Imaginaos todo lo que echará de menos si se va a Cornualles.

—Resacas —apuntó Kenneth.

—Echará de menos las resacas —dijo lord Pelham—. En Cornualles no tienen resacas, Nat.

—En Cornualles no tienen licor, Ede —dijo el señor Gascoigne.

—Contrabandistas —dijo Kenneth—. ¿Dónde creéis que aterrija el mejor licor? Yo os lo diré. En Cornualles, amigos míos. —Pero no quería pensar en contrabandistas. Ni en resacas—. Estoy decidido a ir. Para Navidad. ¿Vendréis conmigo?

—No cuentes conmigo, Ken —respondió lord Pelham—. Aún quiero correrme algunas juergas.

—Y yo tengo que localizar una cama —murmuró el señor Gascoigne—. Preferiblemente la mía. Cornualles está demasiado lejos, Ken.

Entonces iría solo, decidió Kenneth. A fin de cuentas, Rex había ido solo a Stratton cuando los otros se habían negado a acompañarlo. Había llegado el momento de regresar a casa. Hacía tiempo que debía de haber regresado. Sin embargo, era muy propio de él tomar esa decisión de forma impetuosa, cuando estaba demasiado borracho para pensar con claridad. Había numerosas razones por las que no debía ir. No, mentira. Dunbarton le pertenecía. Era su hogar. Y ella tenía veintiséis años, estaría casada y tendría una caterva de hijos. ¿Se lo había contado alguien?

—Vamos, Nat —dijo, arriesgándose a apartar el hombro de la repisa de la chimenea—. Veamos si somos capaces de regresar a casa juntos. Rex probablemente hace horas que se ha acostado y se despertará al amanecer, y con la cabeza despejada, el condenado.

Sus dos amigos se estremecieron visiblemente. El señor Gascoigne se levantó, sorprendido de que sus piernas le sostuvieran, aunque no parecían apoyarse con firmeza en el suelo.

Sí, Rex era el más sensato, pensó Kenneth. Era hora de irse a casa. De irse a la cama y de regresar a Dunbarton.

Hacía un día espléndido para principios de diciembre: de un frío seco, pero alegre y soleado. El sol brillaba sobre la superficie del mar cual miles de diamantes, y el viento que a menudo soplabla sobre el agua azotando tierra firme y dejando a sus habitantes ateridos de frío hoy era tan sólo una suave brisa.

La mujer que estaba sentada en la cima del abrupto acantilado, casi en el borde de éste, en una pequeña hondonada cubierta de hierba que la ocultaba de la carretera a su espalda, rodeó sus rodillas con los brazos mientras aspiraba profundas bocanadas de aire salado. Se sentía a la vez relajada y pletórica de vitalidad.

Todo estaba a punto de cambiar, pero sin duda para bien. ¿Cómo podía no ser así cuando hacía sólo dos días pensaba que era demasiado mayor para casarse —tenía veintiséis años— y en estos momentos aguardaba la llegada de su futuro esposo? Durante los últimos años se había dicho que no tenía ningún deseo de casarse, que era feliz viviendo en Penwith Manor con su madre viuda, gozando de una libertad que la mayoría de mujeres nunca llegaban a conocer. Pero era una libertad ilusoria, y ella siempre lo había sabido. Durante más de un año había convivido con una sensación de inseguridad sin prestarle atención porque no podía hacer nada al respecto. A fin de cuentas, no era más que una mujer.

Penwith Manor había pertenecido a su padre y al padre de éste y así sucesivamente a través de seis generaciones. Pero al morir su padre, la mansión —y su título de baronet— había pasado a manos de un primo lejano. Durante los catorce meses transcurridos desde la muerte de su padre, ella había seguido viviendo allí con su madre, pero ambas sabían que sir Edwin Baillie podía decidir en cualquier momento fijar allí su residencia, venderla o alquilarla. ¿Qué sería entonces de ellas? ¿Adónde irían? ¿Qué harían? Sir Edwin probablemente no las echaría a la calle sin un céntimo, pero quizá tuvieran que mudarse a una casa muy pequeña con una renta no menos pequeña. La perspectiva no era agradable.

Pero sir Edwin había tomado ahora una decisión y había escrito una larga carta a lady Hayes para anunciarle su intención de casarse y tener hijos que aseguraran su herencia y cuidaran de su anciana

madre y sus tres hermanas en caso de que él muriera prematuramente. Su intención era solventar dos problemas al mismo tiempo contrayendo matrimonio con su prima tercera, la señorita Moira Hayes. Asimismo, le comunicaba que iría a Penwith Manor dentro de una semana para declararse y organizar la boda en primavera.

Al parecer sir Edwin suponía que la señorita Moira Hayes se mostraría más que encantada de aceptar su ofrecimiento. Y después de la sorpresa inicial, la indignación inicial por haber dado éste por sentado que ella aceptaría dócilmente, Moira tenía que reconocer que se sentía feliz. Si no exactamente feliz, al menos satisfecha. Lo sensato era aceptar su ofrecimiento. Tenía veintiséis años y vivía en circunstancias precarias. Había visto a sir Edwin Baillie en una ocasión, poco después de la muerte de su padre, cuando él había acudido con su madre para inspeccionar su nueva propiedad. Le había parecido aburrido y un tanto pomposo, pero era joven —ella calculaba que tenía poco más de treinta y cinco años—, respetable y pasablemente bien parecido, aunque no era guapo. Por lo demás, se había dicho Moira, el aspecto físico carecía de importancia, especialmente para una solterona que hacía tiempo había renunciado a todo sueño de vivir una historia apasionada o un amor romántico.

Moira apoyó la barbilla en las rodillas y sonrió con tristeza mientras contemplaba el mar a los pies del acantilado. Sí, había renunciado a sus sueños. Pero lo cierto era que todo había cambiado de forma radical desde su infancia, desde su adolescencia. Habían cambiado muchas cosas ajenas a ella, dentro de ella. Ahora era una mujer corriente y normal, muy aburrida, muy respetable, pensó riéndose por lo bajinis. Pero no había renunciado a la costumbre de salir sola, aunque no era decoroso que una mujer respetable saliera sola de su casa. Éste siempre había sido uno de sus lugares favoritos. Aunque hacía mucho tiempo que no venía. No estaba segura por qué había venido hoy. ¿Había venido para despedirse de sus sueños? Era un pensamiento sombrío.

Pero no tenía por qué ser un pensamiento deprimente. El matrimonio con sir Edwin no le aportaría auténtica felicidad, pero tampoco una profunda desdicha. El matrimonio sería lo que ella quisiera

que fuera. Sir Edwin quería hijos varones. Ella también. Hacía sólo dos días, le parecía un sueño imposible.

De pronto se tensó al oír a un perro ladrar cerca, a su espalda. Se abrazó las rodillas con fuerza y encogió los dedos de los pies dentro de sus botines. Pero no era un perro callejero. Alguien le dio una orden con voz firme y el animal dejó de ladrar. Ella aguzó el oído durante unos momentos, pero no oyó nada salvo el mar, la brisa y las gaviotas que volaban en lo alto. El hombre y el perro habían desaparecido. Moira se relajó de nuevo.

Pero en ese momento captó un movimiento por el rabillo del ojo, y comprendió que la habían descubierto, que otra persona había encontrado este lugar, que habían destruido su paz. Se sintió abochornada de que la descubrieran sentada aquí sobre la hierba, como una niña, abrazándose las rodillas. Se volvió bruscamente.

Él estaba de espaldas al sol. Ella tuvo la impresión de un hombre alto, de anchos hombros, vestido elegantemente con un gabán de varias capas, un sombrero alto de castor y unas botas altas de color negro. Había llegado antes de lo previsto, pensó ella. Seguramente le disgustaría hallar a su futura esposa aquí, sola, sin una carabina. ¿Cómo sabía que ella estaba aquí? Se hallaba a unos cinco kilómetros de su casa. Quizá le había alertado su perro. Por cierto, ¿dónde se había metido el perro?

Esos fueron los pensamientos que le pasaron por la mente en una fracción de segundo, disipándose con la misma rapidez. Ella comprendió casi al instante que no se trataba de sir Edwin Baillie. Y en ese mismo instante supo quién era, aunque no podía verle el rostro con claridad y hacía más de ocho años que no le veía.

Más tarde no estaba segura de cuánto tiempo habían permanecido así, mirándose, ella sentada sobre la hierba abrazándose las rodillas, él de pie junto a la hondonada, su silueta recortándose contra el cielo. Podían haber sido diez minutos, pero probablemente sólo fueron unos segundos.

—Hola, Moira —dijo él por fin.

Kenneth había venido a Cornwallles solo, aparte de su ayuda de cámara, su cochero y su perro. No había logrado convencer a Eden y a Nat de que le acompañaran. Ellos no habían logrado convencerlo a él de que desistiera de su empeño, pese a haber tomado la decisión de venir cuando estaba muy borracho. Pero a menudo obraba de forma impulsiva. Había una inquietud en él que no había conseguido aplacar desde su repentina decisión de marcharse de casa y comprar un nombramiento militar en un regimiento de caballería.

Había venido para pasar la Navidad en casa. Su madre, Ainsleigh y Helen, y muchos otros miembros de la familia, aparte de algunas amistades de su madre, llegarían después que él. Eden y Nat quizá vinieran en primavera, según habían dicho, suponiendo que él siguiera allí en primavera. Puede que Rex viniera también.

Había sido una decisión disparatada. El invierno no era la mejor época para viajar a una zona tan remota del país. Pero mientras se dirigía hacia el oeste había gozado de buen tiempo, y, mal que le pesara, conforme el paisaje se tornaba más familiar se había sentido más animado. Durante los dos últimos días había cabalgado con *Nelson* como última compañía, dejando que su carruaje con sus sirvientes y su equipaje le siguieran a un paso más lento. Se preguntó en cuántos días le habría precedido su carta a la señora Whiteman, el ama de llaves de Dunbarton. Calculaba que no serían muchos. Imaginaba la consternación que había provocado entre los sirvientes domésticos. Pero no tenían motivo para preocuparse. Estaba acostumbrado a vivir con escasas comodidades y no llegaría ningún otro invitado hasta dentro de dos semanas.

Con frecuencia cabalgaba por una carretera desde la cual contemplaba el mar y que nunca le llevaba muy lejos del borde de los elevados acantilados salvo cuando descendía hacia los valles fluviales y ascendía por el otro lado después de atravesar aldeas de pescadores, ofreciéndole imágenes de playas doradas y malecones de piedra y botes pesqueros que surcaban las aguas.

¿Cómo era posible que hubiera pensado en no regresar jamás?

Sabía que la última vez que la carretera descendiera vislumbraría por fin el pueblo de Tawmouth. Aunque en esta ocasión no bajaría a

él. Dunbarton se hallaba a este lado del valle, a poco más de cinco o seis kilómetros hacia el interior. De repente, al pensar en ello, se sintió eufórico. Los recuerdos se agolpaban en su mente, recuerdos de su infancia, de gentes que había conocido, de lugares que había frecuentado. Uno de éstos debía de estar cerca.

La nostalgia le produjo un nudo en la boca del estómago. Sin darse cuenta, hizo que su montura aminorara el paso. Esa hondonada había sido uno de sus lugares favoritos. Era un lugar apacible, apartado, donde uno podía sentarse en la hierba sin ser observado, a solas con los elementos y sus sueños. A solas con *ella*. Sí, a veces se habían encontrado allí. Pero él no estaba dispuesto a dejar que sus recuerdos de ella empañaran los recuerdos de su hogar. Había tenido una infancia feliz.

Habría seguido adelante de no ser porque *Nelson* se había puesto a ladrar, señalando con la cabeza la hondonada. ¿Había alguien allí? Estúpidamente, se había sentido ofendido ante semejante idea.

—Siéntate, *Nelson* —ordenó a su perro antes de que éste echara a correr hacia la hondonada para investigar.

Nelson se sentó y alzó la cabeza, mirándole con sus ojos inteligentes, esperando más órdenes. Sin darse cuenta, Kenneth comprobó que se había detenido por completo. Su caballo bajó la cabeza para pacer. Qué familiar le resultaba todo. Como si los ocho o más años no hubieran transcurrido.

Desmontó, dejó que su caballo paciera libremente y que *Nelson* esperara a que él revocara su orden, y se encaminó en silencio hacia el borde de la hondonada. Confiaba en que no hubiera nadie allí. No tenía ganas de encontrarse con nadie... todavía.

Su primer impulso fue ocultarse apresuradamente. Había alguien allí, una extraña vestida con pulcritud pero escasa elegancia con una capa y un sombrero de color gris. Estaba sentada con las piernas encogidas y los brazos rodeándolas. Pero él permaneció inmóvil, con la mirada fija en ella. Aunque era evidente que se trataba de una mujer y él no alcanzaba a verle el rostro debajo del ala de su sombrero, fue quizá su postura juvenil lo que le alertó. De pronto sintió que el corazón le retumbaba en los oídos. En ese preciso momento ella volvió la cabeza hacia él y el sol iluminó su semblante.

Su modesto atuendo y el paso de los años hacían que pareciera sensiblemente mayor, al igual que la forma en que llevaba su cabello oscuro recogido debajo del sombrero. Iba peinada con raya al medio y el pelo alisado sobre las orejas. Pero conservaba un rostro de óvalo alargado, como el de una Virgen renacentista, y sus grandes ojos oscuros. No era bonita, nunca lo había sido. Pero el suyo era un rostro que al vislumbrarlo entre la multitud uno se volvía para observarlo más detenidamente.

Durante un momento, tan sólo un momento, él creyó contemplar un espejismo. Si su imaginación hubiera evocado la imagen de ella en este lugar, habría sido la imagen de una joven descalza con un vestido liviano, de color claro, y el cabello, libre de las horquillas que lo sujetaban, suelto y cayéndole en cascada por la espalda. No habría sido esta imagen de pulcra y casi aburrida respetabilidad. No, era real. Y tenía ocho años más.

Él se percató por fin de que llevaban un rato mirándose, aunque ignoraba cuánto tiempo.

—Hola, Moira —dijo.